

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

ENRIQUE Badosa acaba de mandar sus versos a correr mundo: sin hipérbole. Decimos que la poesía no se lee mucho, y es verdad; pero también ocurre que, aun haciéndose tiradas modestas, siempre aparece el ejemplar preciso en el lugar preciso. Un milagro que a uno lo sorprendía ya en tiempos de "Espadaña". La tirada entera cabía debajo del brazo, pero luego se encontraba un ejemplar (que pasaba de mano en mano) en la Universidad de Harvard, y otro en un antólogo especialista de Rumania, de modo que el nombre de León tenía, como nunca lo tuviera con otros "productos", una vía de exportación hacia lo universal. Ahora, para colmo, los mapas han adelgazado sus medianerías. Y Enrique Badosa publica su recopilada obra selecta bajo el signo de una empresa que sin demérito de lo cultural, funciona con buen sentido práctico.

Sobre "Poesía (1956-1971)", procede esquivar aquí mayores apreciaciones, reservadas al menester de la crítica, probablemente en páginas de este mismo periódico. Pero si quisiera dejar una referencia "ad hóminem", que en este caso no será argüir contra el hombre sino al contrario: reconocer en su condición humana la presencia del poeta, permanente, jamás renunciada. No hace falta advertir que tal identidad se manifiesta sin necesidad de gestos exteriores. Y que si algunas flechas de la obra badosiana apuntar a caros esteticismos -Venecia, vidrios de Murano...- la voz del poeta no se desmaya en los lirios del campo y entra firme por caminos de polvo y barro sobre las huellas cansadas del hombre.

Con sus guantes, bien calzados y su porte clásico, mediterráneo, latino, sabiendo elegir a manteles un vino de la cosecha precisa (mejor los años pares) pero no menos beber el vino anónimo de la amistad sobre una mesa maltratada, Enrique enseña que la solidaridad entre los hombres no tiene mucho que ver con algunas actitudes hirsutas. O sea, bajando el vuelo retórico: Que lo valiente no quita lo cortés.

Los periódicos astorganos, a simple vista, tienen un aire de periódicos del norte

de Europa, con su primera plana columnada muy seriamente. Y títulos tan significativos como "La Luz" y "El Pensamiento". Recuerdo la ilusión juvenil que me llevó a sus páginas, en unos articulillos de los que no tengo que arrepentirme demasiado. Quizás un poco románicos y con bisoña pedantería de meter muchas citas. Los llamaba... "Glosario sentimental".

Hoy sigo colaborando en ellos (y a saber si he aprendido a hacerlo mejor), con lo que me incluyo en la fiesta de la Casa, que debe serlo, también, de toda la ciudad maragata: las bodas de oro profesionales de ese jovencísimo director que se llama Magín G. Revillo. "¡Ad multos annos!"

Y creo que por primera vez lo digo en latín. Pero es que todo es posible en Astorga... Por ejemplo: ese ciudadano, si, ese zapatero que toma su copa de aguardiente con churros y se sabe de memoria versos de Horacio.

Ahora me falta decidir si en Astorga hay dos buenos periódicos porque, la ciudad es culta, o si la ciudad es culta gracias en buena parte a sus periódicos. Seguramente las dos cosas.

HUBO un tiempo de renovación de periódicos, como de toda la vida española, en que se nos dio por titularnos con el nombre del producto más rico y característico de la región correspondiente. Así "Carbón" vio la luz tamizada y gris de las Asturias. "Hierro", resultaba rotundo símbolo de Vizcaya... Entonces, alguien dijo que, para un diario santanderino convenía el nombre de "Leche", pero la idea fue tomada como chiste o grosería o sabotaje de algún rojete. Ello ocurre porque los celtiberos apenas sabemos decir esa palabra sin encerrarla en interjección. Hace bien pocos días, un colega ilustre encabezaba su comentario con un "¡Esto es la leche!" que debió causar un momentáneo repelús a las fuerzas no demasiado vivas de nuestra población. (Cf. PROA, núm. 11.571, año XXXVIII).

Pero vengamos a "Hierro", nombre recio, inequívoco, reunidor -para mí- de sugerencias industriales tanto como de emoción poética:

"Cuando descanso los ojos

y voy flotando en el sueño.

lo que escucho todavía

es el sonido del hierro..."

Cada día sale en Bilbao. Cada semana presta una extensa plana a la literatura, Ortíz Alfau, que patronea este empeño, me pide una cuartilla, media cuartilla, para una sección en que gentes de pluma aconsejan sobre cómo es escribir. "Consejos vendo, y para mí no tengo". Pero voy y cumplo:

"Lo que a mí me parece el ideal para un escritor: Escribir sólo cuando uno tenga necesidad de hacerlo, aunque estimulando cada día con el pensamiento, con el sentimiento, con la vida misma- esa necesidad. Entonces, olvidarse de todo cuanto otros hayan escrito antes y despreocuparse de lo que otros puedan escribir después. Negar los géneros y las clasificaciones. Comprarse un cuaderno (más bien gordo) y dejar que se vaya llenando de versos, improperios, aforismos, artículos de periódico, diálogos de novela decimonónica y fragmentos de novela experimental, oraciones fúnebres, protestas, nenúfares decadentes.

Sí, es verdad que podía haber empezado por aplicármelo a mí mismo. Con lo que ningún libro tendría publicado. Y no me vería, ahora, opinando en el recuadro de un periódico. Pero lo hubiera pasado muy bien."